

# Cordelia

Volumen 1

Mayo de 1913

Número 9

Publicación mensual  
dedicada á la mujer costarricense.

Director,  
José-Fabio Garnier

Esta excelente poetisa inglesa nació en Coxhoe el 6 de marzo de 1806. Casó en 1846 con Roberto Browning, otra de las más excelentes figuras de la literatura de Inglaterra. Vivieron durante muchos años en Florencia, en donde Elisabeth murió el 29 de junio de 1861. La obra más popular de la Browning es *Aurora Leigh*, novela en verso, traducida a casi todos los idiomas y publicada en 1856; también son citados como modelos de la expresión más delicada del amor femenino sus *Sonetos del Portugués*. Otras obras tan interesantes como las dos mencio-

nadas son: *La batalla de Maratón*, poema escrito en 1826; *El Serafín* (1838); una colección de poesías re-

cogidas en 1844 en dos volúmenes titulados *Poemas*; *Las Ventanas de Casa Guidi* (1851). Después de su muerte vieron la luz pública: *Últimos poemas* (1862), *Los poetas griegos y los poetas ingleses* (1863), *Poemas seleccionados*, (1866), editados estos últimos por su marido. Acerca de la Browning se han escrito importantísimas monografías de las cuales las



ELISABETH BARRET BROWNING

más importantes son la de Ingram en su *Serie de mujeres eminentes* y la de Ward en sus *Poetas ingleses*.

# CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

## SUMARIO del número 9

Elisabeth Barret Browning (con retrato) .....	La Dirección
Mujeres ideales: Andrómaca .....	P. de Saint Victor
El rosario .....	Pilar de Cavia
Las horas .....	Julia y Delfina Bunge
La ventana iluminada .....	Lucía Faure
Cuáles son las mujeres que gustan a los hombres? ..	Maria Plattis
El anillo de plata .....	Angela de Maldonado
Maternidad espiritual .....	Maria Pascoli
Rosas silvestres .....	Emma Conigliani
Las amadas de Bolívar .....	Cornelio Hispano

## Mujeres ideales Andrómaca

### I

De todas las mujeres modeladas por el genio de la antigüedad, Andrómaca es la más perfecta. Esposa, madre, esclava, continúa siendo admirable en estos tres aspectos. Al pasar de Homero a Eurípides y de Eurípides a Virgilio, cambia de actitud, pero su belleza permanece inmutable. Los rasgos dolorosos se acentúan en cada transición, sobre esta fisonomía ideal, pero no alcanzan a marchitarla. No hay en ella vestigio de la barbarie heroica que, en ciertos momentos, cual sangre de fiera, late en las demás mujeres de la tragedia y de la epopeya. No tiene la desesperación furiosa de Hécuba, ni el extravío de Casandra, ni el rencor de Electra. Como en amplio velo, siempre está envuelta en regia dignidad. Y prosigue siendo ejemplar, irreprochable, completa; tal vez menos grandiosa, pero la más accesible a la simpatía, de todas las almas y de todas las edades. Rafael hubiera podido to-

marla de Zeuxis sin modificación de contornos; Racine pudo tomarla de Homero y de Eurípides sin alterar su tipo esencial.

En las lejanías de *La Ilíada*, aparece ya como augusto tipo del amor conyugal y del amor materno.— Héctor ha abandonado, un momento, la batalla que está librándose en la llanura: entra en el palacio de Príamo, pero no encuentra allí a Andrómaca. Una sirvienta le dice que su señora, al enterarse de que los griegos habían obtenido una gran victoria sobre los troyanos, corrió a la torre más alta de las fortificaciones.—«Y, trastornada, apresuróse a subir a las murallas, y la nodriza, junto a ella llevaba al niño».—Allí está el niño, inseparable de su madre, cual la flor del tallo. Vivo, nadie se lo quitará de los brazos; muerto, nunca se lo arrancarán del corazón.

Héctor va a volver al combate; pero, cuando llega a las puertas, Andrómaca le sale al encuentro, y la nodriza la acompaña, llevando



en el regazo al bien amado Hectórida, semejante a una hermosa estrella. Y el padre sonrío, contemplando a su hijo en silencio. Radiante y graciosa imagen: el esplendor del astro unido a la belleza del niño. Esa imagen ciñe, cual una aureola, a esta sagrada familia del mundo antiguo.—No obstante, Andrómaca suplica a su esposo que no arrostre más tan abiertamente la muerte. Sus quejas corren, dulces como la miel con la cual el poeta compara frecuentemente las palabras humanas; pero esta miel está empapada en lágrimas, constituyendo una mezcla divina.

«Te perderá tu arrojado desdichado! No sientes compasión hacia tu hijuelo ni hacia mí, que en viudez pronto he de verme; morirás, porque todos los aqueos contra ti lucharán. Más me valiera verme enterrada cuando caigas muerto; nada me quedará cuando perezcas, a no ser mis dolores sin consuelo. Porque no tengo madre venerada, porque ni padre que me ampare tengo... Tú eres a un tiempo madre, padre, hermano y esposo juvenil de vida lleno. Ten compasión y por nosotros vive! Ten compasión y sigue en este suelo! No hagas que tu mujer quede viuda, y en orfandad no dejes a tu hijuelo!»

El héroe se emociona, pero su valeroso corazón lo arrastra impetuosamente a lo más recio del combate. Nada espera de esta horrible guerra; participa del presentimiento que hierde, en *La Ilíada*, cual cortadura de hacha al tronco de las robustas encinas, a todos los guerreros señalados para morir. Sabe que Troya está condenada por los dioses y que Troya ha de perecer. La Fatalidad se cierne, cual sobre un circo, sobre el campo de batalla de los héroes de Homero: los que van a morir, la saludan y aun salen al encuentro de sus certeros golpes.

Les basta con retrasar su triunfo, y con dejar en la tierra noble memoria. Así, Aquiles contesta a los ruegos de Licaón:

«Muere, amigo. De qué sirve exhalar inútil queja? Más que tú valía Patroclo y ya perdió la existencia. Mira, soy bello y gallardo, nací de una diosa excelsa y me engendró un noble padre; pues bien, la Parca violenta y la inexorable muerte, en mí encontrarán su presa una mañana, una tarde o una noche cualquiera; y alguien me arrancará el alma, ya con lanza, ya con flecha».

De igual modo, un presagio siniestro hace que Héctor vea a Andrómaca «arrastrada llorosa por un aqueo acorazado de bronce». Y le dice:—«Tú tejerás la tela del extranjero y tendrás que acarrear por fuerza el agua de Meseis y de Hipperia,<sup>1</sup> porque la dura necesidad te lo impondrá... Ojalá la pesada tierra me envuelva muerto, antes de que yo oiga tus gritos y de que vea que te arrebatan de aquí!»

Entonces surge de las profundidades de la Naturaleza este grupo inmortal, acaso el más hermoso del mundo poético, ingenuo y sublime al mismo tiempo, vivo como la carne y bello como el mármol; grupo que, en arte distinto, tal vez sólo ha sido igualado por Fidias.

«Y habiendo hablado así, el ilustre Héctor tendió las manos hacia su hijo; pero el niño se echó atrás contra el seno de la nodriza de lindo talle, asustado por el aspecto de su padre bien amado y por el bronce y por la cola de caballo que se agitaba terriblemente en el remate del casco. Y el padre bien amado sonrió, y la madre venerable también. Y el ilustre Héctor quitóse el casco resplandeciente y lo depositó en tierra. Y besó a su hijo bien amado, meciéndolo en los brazos, y suplicó a Zeus y a los otros dioses...

1 Fuentes de la Tesalia.



Héctor depositó al niño en los brazos de su esposa bien amada, que lo recibió sobre su seno perfumado, llorando y sonriendo».

Esta sonrisa brillante en medio de las lágrimas, subsiste cual un rayo de luz sobre la fisonomía de Andrómaca. A su expresión deliciosa, únese un efecto celeste: parece que en torno de este eternecido rostro maternal, se ve a la luz reír a través de blanda lluvia de estío.

Después de esta escena grandiosa, Andrómaca desaparece durante mucho tiempo de *La Ilíada*. La puerta del gineceo se ha cerrado, y ella queda dentro obedeciendo a su esposo que la ha recomendado «que se cuide de la costura y de la rueca». Y en esta actitud doméstica la sorprende la muerte de Héctor, en el Canto vigésimo segundo de *La Ilíada*.

Teje flores sobre una trama espléndida y acaba de mandar a los sirvientes que coloquen un gran trípode al fuego, a fin de preparar un baño caliente que tonifique a Héctor al volver del combate, cuando oye rugidos en la plataforma de la torre. Andrómaca se precipita desde su elevada mansión, «asemejándose a una bacante», y, al asomarse a lo alto de las murallas, reconoció el cuerpo de Héctor arrastrado, con la cabeza colgando, en medio de un torbellino de polvo, por el carro de Aquiles. Entonces ella cayó trastornada en brazos de sus doncellas, y, al mismo tiempo, cayeron con ella todas sus galas nupciales.—«Los ricos adornos desprendiéronse de su cabeza: la cinta, el lazo, la redecilla y el velo de oro, presentes de Afrodita en el día en que Héctor, el del movible casco, la sacó de la morada de Etión, después de haberle dado una gran dote».—Transformación

dolorosa: es cual si se viera una hermosa planta repentinamente despojada, por viento mortal, de sus flores y de su follaje. Qué conmovedor detalle el del velo de amor dado por Afrodita, que se desliza y cae de la frente de la viuda, como para servir de mortaja al cadáver del esposo!

Sin embargo, la triste Andrómaca se yergue, lánguidamente, mustia para siempre, para gemir su queja eterna. En un principio llora sobre su hijo: «Astianacte, que, en otro tiempo, comía el tuétano y la grasa de las ovejas, entre las rodillas de su padre; que, cuando le rendía el sueño y dejaba de jugar, dormía en blando lecho, en los brazos de su nodriza, con el corazón saciado de delicias». Ya, en lo sucesivo, el huérfano ha de sufrir desdenes y pobreza. La madre se lo imagina aproximándose a los compañeros del padre, asiendo, tímidamente, al uno por el manto, al otro por la túnica, y viéndose rechazado por todos. «El joven, sentado entre su padre y su madre, lo despidió de la mesa del festín, y, golpeándole, le dirige palabras injuriosas: Vete, tu padre no es de los nuestros». Espantosas imágenes, cruelmente exactas en el mundo antiguo inexorable hacia los vencidos. La Cautividad se aproxima, amenazadora, empuñando la lanza: Eurípides va a presentarnos en acción los presentimientos de Andrómaca.

Por vez postrera, reaparece en *La Ilíada*, acudiendo a llorar, la primera, la muerte de Héctor. Allí repite los mismos gemidos imprimiéndoles la variedad de acentos completamente nuevos. Homero es el «Padre de las fuentes»,—como él llama al Ida, en su poema,—y la fuente de las lágrimas es en él tan



inagotable, como todas las demás.— Un sentimiento supremo, de penetrante espiritualidad, pone término a esta lamentación: la última lágrima de Andrómaca encierra, en Homero, perfume divino. «Oh, Héctor! Me dejas, al morir, dominada por espantosos dolores; porque has muerto sin tenderme los brazos desde tu lecho, sin decirme alguna frase aconsejadora de la cual hubiera podido acordarme, día y noche, derramando lágrimas».

## II

En dos tragedias de Eurípides, prosigue Andrómaca su triste carrera; por lo menos, en la primera de esas obras, el cambio de poeta apenas si constituye una decadencia.— *Las Troyanas* nos la muestran sacada, con sus compañeras, a la subasta de la servidumbre. Allí, sobre la playa, están las cautivas, amontonadas cual botín, aguardando al jefe que la suerte les deparará. La antigua victoria impera duramente en esta escena terrible; deja sentir el peso de su espada y hace retañar sus hierros; arroja andrajos en los hombros de las reinas, y pone, en las manos que empuñaron el cetro, la escoba servil que barrerá la casa del amo.—La Historia confirma estas humillaciones patéticas: refiere Heródoto que, después de la toma de Ménfis, Cambises hizo pasar a la hija de Psammético ante su padre con traje de esclava, llevando a la cabeza un cántaro para acarrear agua de las fuentes.

Hécuba corresponde en el reparto a Ulises, Casandra a Agamemón; Taltibios, el heraldo, proclama con voz fatal estas adjudicaciones efectuadas por la fuerza. Polixena,

la juvenil hija de Príamo acaba de ser degollada, cual oveja de holocausto, sobre el sepulcro de Aquiles. Aparece un carro conduciendo a Andrómaca a las naves de Neoptolemo; un verso encantador nos muestra a Astianacte durmiendo en los maternos brazos, «siguiendo los movimientos del seno maternal». Un diálogo, mejor dicho, una alternación de sollozos, entáblase entre la viuda y la abuela. Lo que principalmente desespera a Andrómaca es la idea de entrar en otro tálamo.— «Se dice, sin embargo, que una sola noche calma la aversión de una mujer hacia el lecho de un hombre. Vergüenza para aquella que, perdiendo a su esposo, puede consentir en otros amores!»—Evo-ca, con casto orgullo, las virtudes con las cuales encantaba la casa de Héctor; y es su imagen como una estatua del Pudor, divinamente serena, que surgiese en la penumbra del gineceo llevándose un dedo a los labios.—«Yo siempre le presentaba tranquilo el rostro y silenciosa la boca».—Pero Taltibios llega a anunciarle la implacable decisión de los jefes griegos; el odio de éstos persigue a Héctor en su hijo, han dicho «que no convenía dejar crecer al heredero de un héroe». Astianacte será arrojado desde lo alto de la torre. Entonces estalla la desesperación de la madre; nada hay en ella violento ni furibundo: parece como que a su espalda resuena una flauta de funerales que imprime majestuosamente el ritmo a su dolor.

«—Lloras, hijo mío—dice a Astianacte;—acaso tienes el sentimiento de tus desdichas? Por qué me oprimes con tus manos? Por qué te ases a mi ropa, pobre pájaro refugiado bajo mis alas? Héctor no saldrá de la tierra para defenderte, armado con su temible lanza. Ya para ti



no hay parientes, ni amigos, ni ejército frigio. Oh, hijo querido! Que tu madre te estreche en sus brazos! Oh dulce aliento que respiro! Inútil resulta que mi seno te haya nutrido; inútil es que haya yo apurado penas y tormentos. Besa aún a tu madre, bésala otra vez; será la última. Rodéala con tus brazos, junta tus labios a mi boca... Arrojad mi cuerpo miserable en vuestros barcos! Hermosas bodas las que voy a celebrar, marchando sobre la sangre de mi hijo!»

Más que un grito de dolor es un gemido: dulce lamento de paloma sobre la pollada que le arrebatan del nido.

Aún vuelve a aparecer Andrómaca en la tragedia que lleva su nombre, escrita por Eurípides; pero ya en esta ocasión, Homero se negaría a reconocerla. Ha sufrido el abrazo de su dueño; Moloso, engendrado por Pirro, ha reemplazado al tierno Astianacte, y este hijo de la servidumbre parece que usurpa en los maternos brazos el sitio del hijo del amor. Sin embargo, la madre lo ama y demuestra amarle con acendrado cariño. Y llora, como antes lloró, cuando Hermione, la esposa legítima, quiere inmolarlo a sus celos. Se ha concedido primeramente a Andrómaca que muera en lugar de su hijo, y, apasionadamente, usando de la concesión, se ofrece a sus verdugos.

«Vedme! El altar abandono y en vuestras manos me entrego: matadme, pues; degolladme, ceñidme el dogal al cuello. Hijo, yo te di la vida, y porque no mueras, muero. Si sobrevives, consagra a tu madre algún recuerdo; y entre besos, y entre llanto, di a tu padre lo que he hecho. Nuestra alma son nuestros hijos. El que, por desconocerlo, de este cariño se burla, acaso sufrirá menos y vivirá más dichoso, triste dicha que no anhelo».

Sus perseguidores cambian de parecer; Moloso morirá con Andrómaca:

ésta lo cobija entonces bajo las mismas alas trémulas con que cobijó a Astianacte.—«Cómo!—dice a los soldados que la arrastran—Arrancaréis a este polluelo de su refugio bajo el ala de su madre?»—Y, para que la tumba le asuste menos, promete al niño acostarse con él, como una madre saca de la cuna y lleva a su lecho al pequeñuelo que se asusta de la obscuridad.—«Querido hijo, vas a dormir sobre el seno de tu madre, bajo la tierra, teniendo tu cuerpo junto a mi cuerpo».

Pero una virtud se ha ausentado de ella con la fidelidad prometida a Héctor. Ya no es Andrómaca «la de los brazos blancos», la «madre venerable», ya sólo es pálido y dudoso fantasma de lo que fué: fantasma que, en un plagio menguado, remeda su vida trágica.

P. DE SAINT VÍCTOR

## El Rosario

Cae la tarde con lenta poesía, y de una iglesia bajo la ancha nave se eleva un rezo acompasado y suave ante una bella imagen de María,

remeda con su rítmica armonía rumor de frondas y arrullar del ave, o la cadencia tembladora y suave de la fontana en la floresta umbría.

Un angel que revuela en el espacio hiende las nubecillas de topacio con sus flotantes alas luminosas;

y arroja ante la Virgen Soberana, al compás de la súplica lejana, cándidos lirios y fragantes rosas.

PILAR DE CAVIA

## Las horas

Había una vez un niño mal educado. Cuando sus hermanitos se levantaban él tenía sueño y continuaba durmiendo. Atrasaba su reloj para que no anduviera con los demás. En la mesa no probaba bocado, y a deshoras entraba a la despensa y metía los dedos en el dulce. Comía la fruta sólo cuando estaba verde. Era un verdadero espíritu de contradicción.

Bastaba que viera a sus compañeros aplicados en el estudio para que sintiera deseos irresistibles de reír y de jugar. Si alguna vez estudiaba, lo hacía durante el recreo. Así es que sucedía con él lo que con «el perro del hortelano, que ni come ni deja comer al amo», pues si interrumpía el estudio de los demás con sus gritos y bullas, pretendía en cambio que sus hermanitos guardasen silencio en las horas de recreo para que lo dejaran estudiar o dormir. Inútiles eran las reconvencciones. A todo contestaba «Ahora no; más tarde» a lo cual debía su apodo *Ahoranó*,

Una noche todos en casa dormían. *Ahoranó*, que se había levantado muy tarde esa mañana, no tenía sueño. Se disponía ya a saltar de la cama y despertar al gato que roncaba, para obligarlo a jugar con él, cuando oyó las campanas del reloj del comedor que daban las doce, y se detuvo a escucharlas. Cuál no sería su sorpresa, al ver que a cada campanada, se presentaba delante de él, vagamente, una figura que parecía ser la de un hada!

Creía soñar.

Cuando el reloj repitió a los cin-

co minutos sus doce campanadas, el fenómeno se reprodujo. A cada toque se aparecía una nueva figura.

Ya todo había vuelto al silencio y las veinticuatro hadas se dibujaban cada vez más nítidas ante sus ojos atónitos... Se tomaron todas de la mano y empezaron a dar vueltas alrededor de él. No había duda, eran las hadas y podía ya examinarlas a su gusto. Cada una se diferenciaba en algo de las demás, y eran todas tan hermosas, que *Ahoranó* no hubiera sabido decir cuál prefería.

—Quién sois? les preguntó por fin.

—No nos conoces? Todos los días damos vueltas alrededor de ti, le contestaron las sombras... Esta vez nos hemos escapado del reloj del comedor... Somos las Horas.

—No os he visto nunca, repitió el niño.

Las Horas se dividieron en pequeños grupos. Las que primero llamaron su atención estaban cargadas de toda clase de instrumentos de música, preciosas esculturas, pinturas, mundos, soles, flores... y unas cajas cerradas que con sólo mirarlas se sentía una curiosidad vivísima de saber lo que contenían...

Parecían reinas sabias y poderosas prontas a repartir riquezas... *Ahoranó* las miraba deslumbrado.

—Para quién traéis todo eso? les preguntó.

—Todos los días te ofrecemos nuestros terros y tú los desprecias, contestaron ellas. Somos las horas del estudio.

—Sinembargo, mis horas de es-



tudio son fastidiosas y aburridas.

—Porque cuando nosotras nos inclinamos sobre las cabezas de los niños aplicados, tú quieres jugar... y nosotras no somos compañeras del juego.

—Oh! aquí vienen las compañeras del juego, dijo el niño reconociéndolas enseguida.

Se acercaron a él radiantes de alegría, agitadas como si hubieran corrido. Eran ágiles y traían los ojos brillantes y vivos colores en las mejillas: parecían las más jóvenes de todas.

—Dices bien, somos las horas de juego, dijeron ellas sin poder contener la risa.

—Pero nunca os vi yo tan alegres, dijo el niño.

Por qué no queréis jugar conmigo? En mis juegos hay siempre rectos y descontentos...

—Es que mientras nosotras estamos entre los niños, en los recreos, sugiriéndoles ideas divertidas, tú que no has estudiado cuando debías, abres los libros... Y nosotras no sabemos estudiar.

Se acercaron entonces las horas de la comida, brindando salud, con sus cuernos de abundancia.

—Ay! qué cosas buenas traéis, sólo de veros me da apetito, dijo el niño.

—Si no comieras a deshoras, nos apreciaríais todos los días en tu mesa... Te parecerían más sabrosas las comidas hechas con la conciencia tranquila...

Las horas del trabajo cantaban y marchaban con movimientos rítmicos. Tenían rostros nobles y serenos y brillaban en sus ojos la paz y la alegría...

—Yo trabajo y nunca vinisteis en mi ayuda, les dijo el niño.

—Porque trabajas en las horas

del reposo, cuando nosotras ya nos hemos retirado, le contestaron las hadas.

Y se acercaron entonces otras hadas envueltas en tules negros adornados de estrellas y con rostros tranquilos.

—Somos las hadas del reposo, dijeron.

—Yo duermo y descanso, pero no os conozco, dijo *Ahoranó*. En la cama tengo miedo y las figuras que veo en mis sueños no se parecen a vosotras.

—Porque dejas pasar las primeras de nosotras que son las mejores. Y porque tú las desprecias, nosotras no nos ocupamos ya de tí.

En esto se adelantó sola la más hermosa de las hadas. Su cabeza brillaba como un sol. Estaba toda envuelta en gasas de colores rosa y celeste, y al hablar su voz era armoniosa como una música. Puso sobre la frente del niño su mano blanquísima y le dijo:

—Mírame bien, no me conoces?

—No. Qué quieres?

—Soy la Aurora... Tengo pajaritos que cantan especialmente para tí, invitándote a levantarte y a admirar la naturaleza. Para ti traigo también salud y alegría, pero cuando te llamo te pones a dormir de nuevo.

—Es que llegas demasiado temprano! dijo el niño con desesperación.

—Para un niño que no sabe ser puntual todas las horas llegan demasiado temprano. Y si yo te encuentro todos los días tan perezoso, la hora de la virilidad te sorprenderá sumido en el sueño de la ignorancia. Serás entonces un inútil y nadie te apreciará.

El niño la interrumpió, implorándola:



—Ven, llámame todos los días y me levantaré a saludarte.

El hada sonrió suavemente y le acarició de nuevo...

El niño abrió los ojos... No, no era un sueño. Allí estaba la aurora hermosísima, con sus suaves colores celeste y rosa iluminados por el sol. Un pajarito, desde la ventana, lo invitaba a levantarse.

El niño no contestó esta vez como las anteriores: «ahora no»... Se levantó apresuradamente. Y lo mismo hizo todas las mañanas, com-

prendiendo la lección de las hadas. Desde entonces todas las horas llegaron a tiempo para él, y comprendió que un niño informal no sabe ni jugar, ni descansar, ni comer; porque aunque todo lo haga, todo lo hace mal y nada le aprovecha. Y en cambio, para el niño juicioso todas las horas son agradables, fáciles y provechosas.

JULIA Y DELFINA BUNGE

Escritoras argentinas quienes han arreglado un precioso libro de lecturas infantiles titulado *El Arca de Noé*.

## La ventana iluminada

Una ventana, a lo lejos,  
luce cual abierta rosa  
fingiendo dulce sonrisa  
entre las nocturnas sombras;  
sonrisa que nos alienta,  
sonrisa que nos conforta,  
sonrisa que dice al alma  
que hay un alma cariñosa  
y un amor que nos espera  
y que con amor nos nombra.

Y es el camino más fácil  
y es la jornada más corta  
cuando vemos a lo lejos  
la lámpara brilladora  
luciendo sobre la mesa  
que blanco mantel adorna,  
y que tiene pebetero  
en un manojito de rosas.

Allí están nuestros cariños,  
nuestra dicha y nuestra gloria,  
el libro que nos deleita,  
el fuego que nos entona,  
los retratos bien amados  
que a seres queridos copian,  
todo lo que es nuestra vida,  
todo lo que en la memoria

crystaliza el sentimiento  
en purísimas estrofas.

Caminando, caminando,  
en la jornada penosa,  
cuando las fuerzas nos faltan  
y el cansancio nos agobia,  
la ventana es nuestro faro  
y cual rutilante aurora,  
nos muestra el seguro puerto  
que el alma honrada ambiciona:  
las caricias de los hijos  
y el noble amor de la esposa!

Señor, que todos encuentren  
la dulce luz que conforta!  
Señor, que nunca se extinga  
la lámpara brilladora!  
Señor, que cuando el sol muera  
nazca una estrella radiosa!  
Señor, que jamás nos falte  
la esperanza entre la sombra  
y que en la noche del alma  
tengamos por dicha y gloria  
una ventana entreabierta  
como en el rosal la rosa!...

LUCÍA FÉLIX FAURE

## ¿Cuáles son las mujeres que gustan a los hombres?

«La mujer que se nos parece nos es antipática—dice Ernesto Renan; —lo que amamos en el otro sexo es lo contrario». Y esta sentencia nos da luz para descifrar muchos enigmas inexplicables. Nos dice que el hombre ama en la belleza mujeril las formas más acentuadas, las líneas más suaves, los largos cabellos, la finura y la blancura de las carnes, la pequeñez de las manos y de los pies. Nos asegura que prefiere la dulzura tierna de la mirada, la infantilidad de la alegre risa o la gracia de una risa suave. Nos explicará por qué el sexo feo ama en la mujer el refinamiento, la elegancia, el delicado arte de la seducción y tal vez la procacidad y la coquetería. Pero nos dirá también por qué el hombre en general prefiere la bella muñeca que le divierte a la criatura apasionada que le ofrece para siempre su alma, la ignorancia que le descansa al intelecto que secunda al suyo, la sumisión pasiva y graciosa a la personalidad definida y pensante; la mujer que recama a la mujer que escribe.

El hombre busca generalmente en la mujer lo que satisface su vanidad, sus sentidos, sus necesidades, su egoísmo del momento. Ella tiene el privilegio—poco envidiable, por cierto!—de ser para las naturalezas superiores, la «bestia humana», sensualidad, comodidad, placeres: hacer falsos, viles y deshonestos a aquellos que en la sociedad civil pasan por leales, fuertes y hombres de bien. El hombre tiene dos morales, dos conciencias, una para su sexo, la otra para el otro.

Hablad a un hombre común—las teorías no se demuestran con la excepción—de una mujer culta, seria, estudiosa. Dirá: «Es una pedante». Habladle de una mujer de altas aspiraciones, dirá: «Es una exaltada». Indicadle una mujer que no tenga gustos comunes, que sea personal, que vive diversamente de las otras, dirá: «Es una presuntuosa».

Con qué entusiasmo, con qué admiración hablan de la que no conoce más que el arte de agradar; las mujeres egoístas, las mujeres ligeras, las mujeres estúpidas, las mujeres vulgares, las mujeres crueles! Con qué miradas las siguen por la calle, con qué humilde obsequio las saludan, qué sacrificios hacen por ellas, qué prodigios de voluntad, qué milagros de rendición! En cambio, qué recompensas tienen la modestia, la superioridad, la abnegación, la fidelidad femeninas?

Si la mujer fuese creada para el hombre hasta anular la propia individualidad de ser humano, por la preferencia que ellos tienen, debería tener una dirección sola y muy pedestre... Pero la mujer antes de ser compañera del hombre, en el sentido fisiológico lo debe ser en el sentido espiritual: no debiera, pues, secundar las debilidades y los instintos menos nobles, pero lo debiera persuadir con el ejemplo, con su fuerza de atracción, de que el mismo bien de él, no está donde cree, sino en otra parte.



Veamos ahora quienes son los hombres que gustan a las mujeres.

Sobre todo hay una cualidad moral que todas las mujeres aprecian altamente, sea el que sea el grado de su inteligencia y de su educación, una cualidad eminentemente viril, y es el valor. El valor en el hombre es como la gracia en la mujer, puede hacer veces de juventud y de belleza; y tiene tanta fascinación para el mundo femenino que las mujeres le son indulgentes aun cuando se envuelva en la fastidiosa capa de la desvergüenza. La simpatía de la mujer por la casta militar, que ha dado origen a tantas sátiras más o menos punzantes, no deriva más que de este natural impulso de su naturaleza débil hacia lo que es fuerte, heroico, quizá por las leyes de compensación. El uniforme hace presuponer en quien lo lleva, valor, audacia, firmeza, lealtad; todas las cualidades heroicas por las cuales la mujer como el niño experimenta una reverencia innata y grande. Y todas las mujeres, desde la dama a la aldeana, son y serán siempre sin piedad para el vil, para el pusilánime, para el tímido, para el prudente, para el débil.

Otra cualidad que la mujer aprecia muchísimo y que viene quizá de la misma fuente del valor, es la calma, la llamada sangre fría en los momentos difíciles de la vida. La mujer que por su naturaleza es impulsiva, trata de exagerar sentimientos y faltas, víctima de sus nervios y de sus fantasmas, siente necesariamente a quien sabe dominarse, que no pierde la exacta noción de las causas y el justo juicio de los hechos ni el sentimiento de su dignidad por fuerte que sea la tempestad en su mundo moral, la misma simpatía compuesta de ad-

miración y de respeto que la atrae hacia los héroes.

Otra dote que seduce a los corazones femeninos y que en la agitada y nerviosa vida moderna va haciéndose algo rara, es la cortesía. También ésta puede hacer veces de la belleza, de la juventud, del saber; tanta es la gratitud que la mujer siente hacia quien interpreta las delicadezas de su alma, las aspiraciones de su sentimiento. No hablo de aquella insulsa galantería adulatoria que no puede satisfacer más que a las coquetas y a las colegialas, sino de aquella cortesía natural, tranquila y constante que templada las angulosidades y las rudezas innatas en los hijos de Adán, y al mismo tiempo que quita una de las más fáciles causas de choque entre los dos sexos, dispone a la mujer para la benevolencia y la predilección.

El espíritu brillante, cáustico, la vena satírica y epigramática, atrae también las simpatías mujeriles. Raramente, sin embargo, el hombre que no sabe más que reír encontrará entre la numerosa muchedumbre de admiradoras un amor tierno y profundo. La mujer desconfía un poco de esta espuma preciosa, teme hallar debajo, aridez, nada. Coquetea voluntariamente con estos caballeros, pero pasada la hora alegre no piensa más en ellos.

La misma desconfianza complicada y agravada por una cantidad de extrañas dudas experimentan las mujeres en general por los hombres de ingenio. Aparte de la no numerosa falange de las mujeres de mente superior que resultan a menudo cruelmente engañadas al buscar entre los señores del intelecto el fiel, mágico espejo de su alma, la mayoría femenina se con-

moverá por algún madrigal escrito en el album, por alguna romanza cantada a media voz en un momento oportuno, pero huye, se sustrae al imperio del ingenio grande y poderoso. La mujer, generalmente hablando, siente en el arte una rival ignorada y terrible contra la cual quizá serían vanas las facultades de su corazón y las dotes de su persona. Siente que nunca podrá poseer completamente a aquel ser, que aun entre las dulzuras de su amor, entre las serenas alegrías de una vida doméstica feliz, le roerá una nostalgia sutil, un cuidado inquieto, un deseo y un ansia a que

ella es extraña, de que ella no puede participar.

Y la belleza?...

Casi la había olvidado! Ciertamente, la belleza es la cualidad que enciende las simpatías más rápidamente, pero es también la que si las deja extinguir no las podrá volver a encender. La belleza es como el cero; al lado de otras cifras puede dar un valor fabuloso, pero al lado de otros ceros, aunque sean un millón, significará siempre, la riqueza de la nada!

MARÍA PLATTIS

## El anillo de plata

### La canción de la Viuda

(Poesía bretona)

El bendito *aro de plata* que me diste enamorado,  
y en su estrecho cerco encierra tu promesa y mi promesa,  
con las dulces remembranzas que despierta del pasado,  
me consuela en largas horas de infortunio y de tristeza:

como cinta que ató flores entreabiertas y fragantes,  
y después sólo ata un ramo seco, mustio y deshojado,  
el humilde *aro de plata* que me diste enamorado,  
sólo guarda hoy el recuerdo de los votos más amantes!

Del olvido y sueño eternos cuando llegue noche triste,  
y yo duerma yerta y pálida sobre un féretro de rosas,  
quiero que aun brille en mis manos, por la muerte amarillosas,  
el sencillo *aro de plata* que con tanto amor me diste,  
encerrando en cerco estrecho mil promesas amorosas!

ANGELA CARBO DE MALDONADO



## Maternidad espiritual

También yo, en los dulces sueños de mi vida, soñé con vosotros, hijos míos, a quienes nunca vi, pero a quienes siento alegrar mi cuarto de eremita con vuestras pequeñas voces argentinas. Oh! para vosotros estas flacas manos, tan elogiadas en el convento, habrían confeccionado con cariño inmenso el hermoso vestido de encajes blancos y de largas cintas flotantes. Eran sueños y aún hoy sueños son; en la

eterna sombra permaneceréis sin obedecer a mi llamado, hijos míos aún no nacidos. Sueños... y es vana la obra materna, y son vanos los deseos inmensos, y son vanos los besos... porque nadie tiende sus bracitos al verme, hijos míos aún no nacidos!

MARÍA PASCOLI

Hermana del célebre poeta italiano Giovanni Pascoli, sucesor de Josué Carducci en la cátedra de Literatura de la Real Universidad de Bolonia

## Rosas silvestres

El corazón más ingenuo es lo suficiente astuto para engañar á la propia razón.

Las alegrías más verdaderas y por lo tanto más dignas de envidia, son las menos envidiadas.

Las pequeñas ideas, los pequeños afectos tienen en sí un valor, una gracia que perderían si se enunciaran con magníficas palabras; nada es más frío que la exageración.

El ansia de *parecer* nos impide amenudo el *ser*.

No ama intensamente, ni siquie-

ra a sí mismo quien ama solo a su persona.

Es una empresa desesperante la de querer que esté contento de nosotros quien no está contento de sí mismo.

Todo el dolor del destino humano está en la sencilla expresión del cuervo de Poe: *nunca más!*

No digais bien de vosotros mismos, no os creerían; no digais mal de vosotros mismos, os creerían demasiado.

EMMA CONIGLIANI

### Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; toda suscripción empieza con el primer número. El suscriptor que consiga dos nuevos suscriptores recibirá de regalo una obra nacional. Dirigirse, para todo lo concerniente a suscripciones, al Director, en Heredia.

## Las amadas de Bolívar

Los antiguos, con raro e ínsito instinto, no reprodujeron en sus obras las imágenes de sus radiantes heroínas. Nada sabemos de los encantos de Safo de Lesbos, de Lais de Corinto, de Aspasia de Mileto, sino que eran encantadoras. La bella Helena, dice Homero; la bella Dido, dice Virgilio, y al paso que se complacían en describirnos prolija y amorosamente los escudos de los guerreros y las batallas y los palacios, apenas distinguían con un epíteto a las diosas: Minerva de ojos azules.

De las amadas de Bolívar tampoco sabemos más sino que eran bellas, o más graciosas que bellas, y estos tintes vagos prestan a las cosas lejanas un encanto inefable. Distintos, sin embargo, pero siempre nobles, se delínean los tersos perfiles de estas amadas. Unos aparecen casi desvanecidos del todo como las efigies de medallas antiquísimas, otros tienen cierto relieve que les dieron expertos cronistas.

La suave y melancólica sombra de María Teresa parece difundirse en el tiempo, esquivándose, como en una penumbra de ensueño. No era bella, nos dicen, pero, atraía por la dulzura del carácter y la esmerada educación. Tales son los únicos rasgos con los cuales pudiera el pincel revivir aquel rostro aristocrático, aquel blando gesto aprendido en los salones del Marqués de Ustáriz, en la Corte de Carlos IV. María Teresa fué la compañera de los días tranquilos del Libertador. Sus amores fueron un idilio puro y tierno que tuvo por

escenario el campo con sus trabajadores, sus ganados, sus siestas, sus canciones, sus cosechas, y por fondo la casa solariega de los abuelos, los señores de Bolívar, vizcaínos de ilustre abolengo, cuyo nombre significa «pradera del molino», campo de plata. Allí, en su hacienda de San Mateo, en los efratanos valles de Aragua y del Tuy, Bolívar continuó, al lado de su amada, las honradas tradiciones de sus antepasados, y más tarde, en las amarguras que siguieron a sus grandes prosperidades, recordó siempre, con tristeza, aquella época de dicha verdadera y de sagrados vínculos, contraídos entre humo de incienso. María Teresa le abandonó cuando aún ardía viva en el corazón de su amante la pasión que le había inspirado; no vió, ni quizá adivinó jamás, la gloria que el porvenir le guardaba y los grandes destinos a que estaba llamado sobre la tierra. Partió, sin saber que su partida era el principio de una de las más extraordinarias carreras de triunfos cuyo grandioso espectáculo hayan ofrecido hombres, y sin sospechar que su inocente vida, su inocente felicidad, quizá habrían estorbado aquella gran predestinación.

María Teresa es la mujer ideal con que el hombre sueña cuando siente el cansancio de todas las cosas. No es menester que sea bella y sabida, basta que sea buena y dulce, y que, como las matronas latinas, «sepa tener la rueca, hilar su lana». En la capilla de la Santísima Trinidad, en la Metropolitana de Caracas, al lado de las fosas que



guardan las cenizas de los ascendientes de Bolívar, se lee, grabada en blanco, esta sencilla inscripción:

«Bajo esta lápida reposan las cenizas de Doña María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza, esposa del Libertador».

Fanny es la mujer mundana, de más cerebro que corazón, sutil y calculadora, la parisiense espiritual que en la gran Babilonia moderna descubre, sobre los brazos del amante, en las intimidades del amor, su genio, entrevé el resplandor futuro, sorprende en sus sienes adolescentes las verdes hojas del laurel, y lo alienta, lo guía, lo despide a la conquista de la libertad y de la gloria, torturando su corazón en silencio. Más tarde ve cumplidos sus pronósticos, realizados sus sueños, y reclama orgullosa la parte que le corresponde en la victoria, y siente encenderse y llamear el rescoldo de su antigua pasión, a los vientos que traen los ecos de la fama del héroe. Quiere que su imagen esté presente en su recuerdo, y le envía su retrato por talismán; cree que aun puede salvarle, y le regala un puñal para defenderse. Es la cortesana de los siglos galantes, es la favorita dominadora que se entrega antes por vanidad que por pasión. Es la mujer que escogían los griegos para el placer, para las plazas públicas, para el teatro, pero que nunca penetraba en el sagrado recinto de sus hogares.

Los perfiles de Josefina y Manuélita son muy semejantes, pero al paso que a la primera la cubrió el olvido inmisericorde, a la segunda la exalta la epopeya. Ambas cayeron en brazos de Bolívar en medio del delirio patriótico y de la radiante apoteosis de la gloria. La primera, vestida de blanco, ve entrar al

héroe en Caracas, después de la fabulosa campaña de 1813, sobre un carro triunfal, de grande uniforme, y le canta himnos patrióticos; la segunda lo ve entrar en Quito, vibrantes aun las dianas de Bomboná y los clarines de Pichincha, y le arroja, desde su balcón, una corona de laurel. Más que por su belleza, le cautivaron por su gracia y por su inteligencia. Románticas y soberbias hembras, las impulsó la sensualidad y las fascinó el esplendor, el poder, el estrépito de las armas, el ruido de los festines; quisieron ser célebres y grandes, y quizá soñaran con la legendaria inmortalidad de las clásicas heroínas Thais, Cleopatra, Teodora. Ambas tuvieron el don de la conversación; suave y abundantemente elocuentes, la armonía manaba de sus labios como de una fuente inagotable, y quisieron ser superadas por aquel que podía maravillarlas con el relato de sus proezas, como la hija de Brabancio se embelesaba oyendo al moro contar sus aventuras. Josefina tenía tertulia abierta en Margarita y en Carúpano, y allí hechizaba a los caraqueños bolivianos, como Manuél dejaba oír su voz de sirena y suspendía a los libertadores del Perú, en las quintas de *Guanacas* y de *Bolívar*, o en los jardines de Guaduas. Indomables e irónicas, herían a mansalva a los enemigos de su señor y amo. Sentadas a su lado, en los ratos en que lo arrebatában a los cuidados oficiales, sus cristalinas carcajadas volvieron trizas más de una reputación incólume. Ambas fueron reinas en casas de campo, presidieron banquetes, pusieron cuadrillas y recibieron homenajes y presentes reales. Josefina, sin embargo, condujo a su amado hasta la orilla del abis-

mo y fué funesta para la patria. Nada se sabe de su muerte; su tumba yacerá en algún cementerio en ruinas, tal vez en tierra extraña. Manuelita no sólo fué amante sino amazona y mujer fuerte; dos veces salvó la vida al héroe; lo acompañó cuando fué árbitro de la América, y cuando abandonado de sus amigos, salió de la capital para no volver jamás; lo vengó en la ausencia y hasta el último instante rindió fervoroso culto a su memoria. Ninguna actitud heroica guardan las crónicas de las otras amadas de Bolívar. Manuelita ha pasado a la inmortalidad altiva y serena ante la muerte, suelto el cabello y en la diestra la invicta espada del héroe para defenderlo. Manuelita fué la Libertadora del Libertador.

Isabel, cuyo nombre sólo puede pronunciarse en voz baja, fué la más tierna y recatada de las amadas de Bolívar. De familia aristocrática, hermana de un ilustre prócer, grande y leal amigo de Bolívar, y en quien éste depositó, en más de una ocasión difícil, toda su confianza. Debió ser muy blanca, esbelta, de ojos azules, rostro delicado y manos finas, indicios de su linaje, aún conservado intacto. Un oficial de la Legión Británica nos dejó una pincelada maestra, que basta para reconstruir aquella suave imagen: «Era tan abundante su rubia cabellera, dice, que sobre ella hubiera podido andar como sobre una alfombra». Cuántas cosas suscitan esas hermosas y voluptuosas palabras! Uno piensa en aquel gesto tímido y lascivo de aquella cor-

tesana del Infierno de Alighieri, en Mirra, de cabellera de serpientes, o en aquella que respondió así a estas palabras de su amante:

—«Me amas mucho? — Inmensamente».

En esta noble amada hay también como un gesto de lasciva timidez, de melancólica dulzura. Jamás se la vió en medio del ruido y de la ostentación. Su pudor, y también el respeto a su sangre, la hacían reina sólo en la alcoba, donde recibía sonriente a su amado, y con sus besos y caricias disipaba sus tedios y apaciguaba sus violentas cóleras. Ella tuvo el secreto de su fuerza, y cuando el león rugía, se le acercaba sin miedo, y, sobando sus melenas con sus manos tersas, sabía adormecerlo en su regazo. Bolívar correspondió a aquel divino hechizo, a aquella discreción, y cuando vino el cansancio, la dió como esposa legítima a un honrado burgués y la dotó como a su hija.

La estatua del Libertador, obra de Tenerani, que se yergue, austera y marcial, en la ciudad de Santo Tomás de Angostura, es una magnífica ofrenda, un piadoso ex-voto que a través de los tiempos hará resonar el dulce nombre de Isabel... la de rubia cabellera.

CORNELIO HISPANO

Este exquisito poeta colombiano que evoca la primitiva vida cristiana, y el encanto de las doradas leyendas, consagra ahora sus estudios al Héroe Magno, a la vida íntima de Bolívar. Ha publicado el curiosísimo Diario de Bucaramanga y nos da este bello estudio sobre las amadas del Libertador.